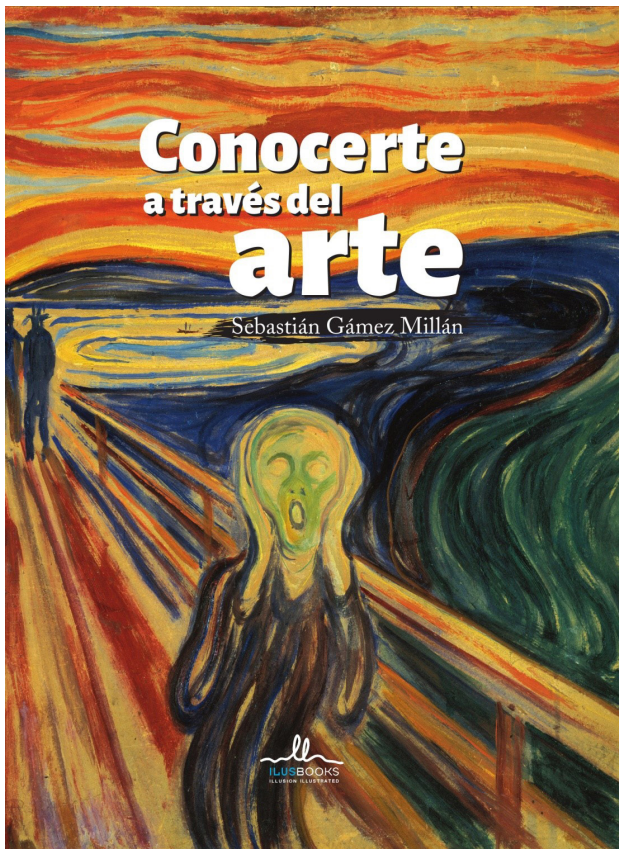


Conocerte a través del arte

GÁMEZ MILLÁN, Sebastián
Madrid, Ilusbook, 2018



Saboreando el tiempo perdido

Conocerte a través del arte es uno de los libros más inútiles que he leído y gozado últimamente. En ello reside su grandeza. Nos podemos regodear en la utilidad de lo inútil, pues no es un libro necesario ni persigue resultados. Incita a pensar, a formular preguntas, muchas de ellas intempestivas e impertinentes. Menos mal que los lectores pueden refugiarse en las bellas reproducciones de imágenes icónicas de la cultura occidental para tomar aire. Porque aunque no se trata de un refugio para los especialistas, su autor no duda en ponerse a pensar en directo, como los filósofos de raza, al

modo de Wittgenstein. Sebastián Gámez, su autor, es un vicioso de la argumentación, de coser pensamientos con hilos de muchos carretes y carretes de colores que se manifiestan en cascada.

¿Hay algo así como la esencia del arte? ¿Merece la pena ofrecer una teoría –o unas teorías– del arte? ¿Hay obras eternas, como *La obra maestra desconocida* del relato de Honoré de Balzac? ¿Quién dictamina que algo sea o no sea arte? ¿En qué consiste la experiencia estética? ¿Qué papel desempeñan el conocimiento, el placer, las emociones y el juicio del gusto en este contexto? Como se puede observar, Gámez se ha calzado unas poderosas botas para explorar un territorio donde la luz se mezcla con el fango, intentando sobrevivir a las salpicaduras de un barro muy oscuro. Sostiene una lámpara encendida como la del perro Diógenes, buscando a la luz del día la rotunda presencia de un ser humano. Y como sabe lo que se hace, ha conseguido que su inútil libro no me deje indiferente.

Puede que Sebastián Gámez quiera que los lectores nos contagiemos de su infinita paciencia y que le acompañemos en su recorrido por la colección particular que nos ha servido en bandeja, provistos de un espejo poliédrico (pero no deformante). Tenemos la difícil misión de reconstruir, codo con codo, el rastro de lo humano, de sus inclinaciones, virtudes morales, afectos nobles y tentaciones cognitivas. Y tal vez logremos, al final de la visita, que se obre el milagro laico de la transformación de nuestros modos de pensar, sentir y actuar más mentirosos y arraigados. Les confieso que no me arrepiento de haber «perdido el tiempo» leyendo este libro incómodo, un libro que se parece a muchos de su factura y formato, pero que nos despierta de la bendita siesta, de las visiones heredadas y hasta de la tentación de la estulticia.

En 1835, el químico alemán Justus von Liebig aplicó una capa delgada de plata a uno de los lados de un panel de vidrio, e hizo posible con ello la presencia de los espejos en nuestra vida cotidiana. A diferencia de las superficies bien

pulimentadas y las aguas más claras y serenas, el espejo de vidrio nos puede devolver una imagen de nosotros que roza la identidad y sobrepasa la semejanza. Una buena metáfora para que obre maravillas ese espejo para almas y obras de arte que parece sostener con solvencia Sebastián Gámez en su propuesta analítica.

Desde ahora mismo les animo, por tanto, a que se consagren a la lectura atenta del nuevo libro del profesor Sebastián Gámez Millán (2018), una de las plumas malagueñas más inquietas del momento, que tengo el honor de comentar. El autor nos muestra en su obra, haciendo uso de la mirada del filósofo, que existe una íntima afección erótica, en el ámbito del arte, entre teoría y experiencia. Nos habla de sus experiencias especulares con el arte y nos invita a asumir el papel citado de espectadores atentos de las imágenes pictóricas y las obras escultóricas. De este modo, al compartir su goce personal y las opiniones de los expertos, alcanzamos lo universal, acariciamos el viejo sueño del joven Hume de perfilar una teoría antropológica dotada de solidez newtoniana. Y es que el profesor Gámez parte del supuesto de la existencia de una condición humana inapelable que trasciende la singularidad. Nos habla de sus experiencias individuales, engarzándolas con el testimonio de artistas, filósofos, críticos, historiadores y científicos sociales, sin caer por ello en el onanismo intelectual.

Conocerte a través del arte es, esencialmente, una investigación antropológica, un libro interdisciplinar y un lúcido ejercicio de filosofía aplicada. El profesor Gámez sabe, como Kant, que las preguntas fundamentales de la filosofía mundana («¿Qué puedo conocer? ¿Qué debo hacer? y ¿Qué me cabe esperar?») desembocan necesariamente en la pregunta antropológica central: «¿qué es el ser humano?» A partir de las reflexiones existencialistas del siglo XX que proclamaban que la existencia precedía a la esencia, y para subrayar la especificidad de la elección en soledad que perfila nuestra existencia libre, el término ilustrado «naturaleza humana» dejó paso al de «condición humana», pero no perdió por ello sus aspiraciones universalistas.

Gracias a las manifestaciones artísticas podemos lograr, como en el oráculo de Delfos, conocernos a nosotros mismos, reconstruir las señas de identidad de nuestra «condición», o lo que es lo mismo, en palabras del autor de este libro: comprendernos, interpretarnos y comunicarnos. Por consiguiente, no debemos perder de vista que la perspectiva

elegida es cognitiva, dado que reivindica una concepción del arte «como forma de conocimiento simbólico de la condición humana», en la línea del neokantiano alemán Ernst Cassirer. No obstante, para el profesor Gámez, el conocimiento humano es un conjunto de operaciones que no se pueden reducir a un gris y aséptico procesamiento de información, salvo que amplíemos la intensión y la extensión habituales de este último concepto, como modo de representación.

El arte es un producto de la «inteligencia sentiente», en expresión de Xabier Zubiri, y en él habita el concepto con tanto derecho como las emociones y sentimientos, y nuestra dimensión moral y política. Esta última vertiente es voluntaria y es fiel reflejo de la capacidad de las artes para lograr que nos comuniquemos y transformemos. El arte es, pues, como la caja de herramientas o el cuchillo multiusos del *boy-scout*, con los que Wittgenstein asimilaba el lenguaje, agente privilegiado de la comunicación y la transformación de nuestra humana condición. Porque con él podemos influir sobre otras mentes y persuadir gracias a su capacidad de simulación. Con el arte podemos también retener los hitos de la memoria, valorar acciones morales, sociales, políticas y creencias tan abigarradas como las que nacen del vientre de la religión.

Haciendo un uso eficaz de la metáfora del espejo, Sebastián Gámez sostiene que podemos reconstruir nuestro perfil antropológico gracias a las pistas que proporciona el arte, incluso sin la aquiescencia del artista. Los protagonistas de los doce capítulos de su libro son Goya, Bruegel el Viejo, Leonardo, Caravaggio, Rembrandt, Van der Weyden, Géricault, Delacroix, Turner, Velázquez y Miguel Ángel.

Encuentro cierta sintonía del enfoque de este libro con las viejas tesis de la sociología del arte de Arnold Hauser, dado que para el profesor Gámez la totalidad que implica el arte es de naturaleza intensiva. El fenómeno estético es, en palabras de Hauser, «la vivencia plena que el hombre completo obtiene de la totalidad de la vida; es el proceso dinámico en el que el sujeto creador o el receptor se identifican con el mundo, con la vida real y vivida». El fenómeno estético únicamente adquiere sentido en conexión con la totalidad vital, con esa conexión inmediata entre la idea y el ser en la que se inscribe el ser humano y que abarca tanto la voluntad como la representación. Para Hauser –y me aventuro a pensar que también para Sebastián Gámez– el arte penetra en el mundo de lo profundo y denso debido a la «limitación enamorada de lo real» que caracteriza a las totalidades intensivas. Su totali-

dad no es la mera suma de partes, ni se dirige a lo extenso y amplio: es inherente a cada una de esas partes, consideradas de manera autónoma, y está dotada de una perfección en sí misma. Tiene por bandera la búsqueda hegeliana de lo universal en lo particular, como ya hiciera en su anterior libro, *100 filósofos y pensadores españoles y latinoamericanos* (Gámez, 2016), obra que se inscribe en la noble y necesaria salvaguarda de la tradición enciclopédica de nuestra totalidad culturalmente vivida.

Les confieso que siento una especial debilidad por el capítulo que Sebastián Gámez dedica a la escultura («11. De la verdad de la piedra»), pues en él se aborda la fascinante relación entre la belleza y la verdad, y la peculiar idiosincrasia de los *Esclavos* de Miguel Ángel y de sus interpretaciones platónicas y aristotélicas. Me seduce la idea de la liberación

de la belleza de las constricciones de la materia amorfa provocada por la mano del artista y su acción transformadora, me cautiva la idea de la obra inacabada y del placer que suscita el descubrimiento de un significado que tan sólo estaba en potencia en el bloque de mármol, como diría El Estagirita. Y no tengo ninguna duda de que es el dios Eros el que sostiene el discurso de Sebastián Gámez, pues es la pasión por su mujer la que lo alimenta, mostrándonos sin rubor en *Conocerte a través del arte* ese diálogo cómplice, en pareja, que nace al contemplar en museos y publicaciones esas obras de arte que, como decía el autor de *El grito*, «logran diseccionar el alma».

Rafael Guardiola Iranzo
Universidad de Málaga